

CAPÍTULO 2

EL EMPLEO AGRÍCOLA

La falta de información adecuada impidió a la Misión realizar un análisis detallado del empleo agrícola, similar al que se desarrolla en los capítulos 3 y 4 para el sector urbano. Sin embargo, este capítulo presenta algunas anotaciones sobre el tema que, por su carácter, deben considerarse como exploratorias. En la primera sección, se hacen algunas consideraciones conceptuales y unos breves comentarios sobre las fuentes estadísticas que se utilizan en el resto del capítulo. En la segunda se estudian las características del mercado de trabajo rural. En las dos secciones finales se analizan la evolución del empleo cafetero y no cafetero en los últimos quince años, respectivamente.

I. PROBLEMAS CONCEPTUALES Y ESTADÍSTICOS

Las mediciones tradicionales del empleo presuponen una organización particular del sistema económico. En efecto, al definir la actividad laboral con base en el concepto de “ocupación remunerada”, se supone que existe un mercado de trabajo típico, en el cual se intercambia mano de obra por un salario, o labores independientes en las cuales se producen bienes y servicios destinados a los mercados respectivos. Sólo por excepción se incluyen los trabajadores no remunerados que laboran, en cualquier caso, en el negocio del jefe del hogar (los “ayudantes familiares”). Por otra parte, las mediciones tradicionales sólo son precisas cuando la actividad laboral es relativamente continua y abarca una proporción significativa del tiempo del trabajador, y cuando dicha actividad se puede diferenciar claramente, en tiempo y lugar, de las labores domésticas y de la producción para autoconsumo.

En Colombia, como en la mayoría de los países en vías de desarrollo, existen múltiples actividades económicas que no se adecúan fácilmente a los conceptos anteriores y escapan a las mediciones tradicionales de empleo y participación laboral. Estas actividades existen en las zonas urbanas, pero son mucho más frecuentes en el campo. En efecto, aunque en los sectores más modernos de la agricultura y la ganadería existen mercados de trabajo típicos o producción independiente destinada exclusivamente al mercado, gran parte de la fuerza de trabajo rural combina la ocupación remunerada con la producción destinada al autoconsumo de la unidad familiar. Más aún, en el caso de las mujeres, la producción para uso familiar e incluso para el mercado se combina en múltiples formas con las labores domésticas, sin que haya una clara diferenciación temporal o espacial entre una y otras. Tanto en el caso de las mujeres como en el de los niños, las labores productivas en el sentido tradicional del término pueden ser además fragmentarias, o concentrarse en aquellas fases del ciclo productivo en las cuales la demanda de mano de obra es excepcionalmente alta (la siembra y la cosecha). Por último, las estacionalidades típicas de la producción agrícola rompen la continuidad de los procesos productivos incluso en el caso de aquellos trabajadores que laboran primordialmente en actividades remuneradas.

Debido a las características anotadas, las estadísticas tradicionales tienden a subestimar en forma sistemática la participación y el empleo femeninos e infantiles en el sector rural. El concepto de desempleo es, además, impreciso, cuando se aplica a aquellas fases del proceso productivo en las cuales la demanda de mano de obra es relativamente baja. La estacionalidad del proceso productivo y la alternativa que tienen muchos trabajadores de dedicar mayor o menor esfuerzo a la producción de pancoger, crea también una forma de ajuste del mercado laboral que tiene un alcance mucho más limitado en las áreas urbanas: la mayor o menor intensidad en el uso de la fuerza de trabajo. Esta forma particular de ajuste indica, por lo demás, que el tipo de subempleo es radicalmente diferente en el campo y la ciudad. Mientras en el primer caso se asocia fundamentalmente con una baja intensidad en el uso de la mano de obra, en el segundo está generalmente relacionado con la mala calidad de los puestos de trabajo, en comparación con las expectativas de los trabajadores, o con la incapacidad del trabajador de laborar el número de horas deseado. Mientras estas últimas formas de subempleo se miden corrientemente en las encuestas de hogares (en forma imprecisa, sin duda, según veremos en el capítulo siguiente), la primera escapa enteramente a las mediciones tradicionales, y se refleja, más bien, en cambios en la productividad o en los ingresos de los trabajadores.

Fuera de los problemas inherentes a las formas tradicionales de medición, las estadísticas de empleo en el sector rural son escasas, fragmentarias y de calidad variable. Los pocos datos existentes sobre participación laboral, ocupación y

desempleo a nivel nacional están basados en los censos de población y en unas pocas encuestas de hogares. La definición de las variables y la cobertura misma de la información difieren entre una y otra forma de medición y dependen, además, especialmente en el caso de las encuestas, del momento en el cual fueron realizadas. Para complementar la escasez de datos basados en las fuentes anotadas, varios autores han construido estadísticas indirectas, con base en la información sobre áreas cultivadas y productividad “típica” de la mano de obra en diferentes cultivos. Estas estimaciones dependen, sin embargo, de la evaluación subjetiva del investigador sobre la productividad media de la mano de obra, dando así lugar a diferencias notorias entre los distintos cálculos, y dependen igualmente de la calidad de los datos sobre áreas sembradas. Por último, la información sobre ingresos laborales puede ser utilizada como un elemento adicional en el análisis del mercado de trabajo. Los datos contienen también en este caso deficiencias bien conocidas, entre ellas la ausencia de información para el período 1970-1975 y el cambio de metodología entre la información existente hasta fines de los años setenta y la nueva serie desarrollada por el DANE a partir de 1976.

En las secciones siguientes se tomará la información fragmentaria de uno u otro tipo para dar la visión más completa posible sobre las características del mercado de trabajo rural en Colombia. En la sección II se utilizan los datos de los censos de población, las encuestas de hogares y los ingresos laborales, complementando algunas consideraciones preliminares que se hicieron en el capítulo anterior de este informe. En las secciones III y IV se utilizan, por otra parte, los estimativos sobre requerimientos de mano de obra en el café y en el sector agropecuario no cafetero.

II. CARACTERÍSTICAS DEL MERCADO DE TRABAJO RURAL

A. LA OFERTA DE LA MANO DE OBRA

Los efectos de los grandes cambios demográficos y socioeconómicos del último cuarto de siglo han sido menores y en algunos casos diferentes en las zonas rurales a aquellos observados en las ciudades colombianas. En primer lugar, tanto el descenso de la fecundidad como de la mortalidad se han dado con un evidente rezago y en menor magnitud en el sector rural. En efecto, de acuerdo con los estimativos de la Misión, en 1985 las tasas brutas de natalidad y mortalidad en el campo eran de 2,83% y 1,02%, respectivamente, superiores en ambos casos a aquellas que prevalecían en el sector urbano: 2,43% y 0,68%. Aunque las tasas de crecimiento natural resultantes no son muy diferentes (1,81% y 1,75%), la pirámide poblacional es más ancha en su base en el sector rural.

En segundo término, las áreas rurales del país han sido el escenario de procesos migratorios de gran magnitud, que han afectado la estructura etárea y sexual de la población. La migración rural-urbana se activó en los años cincuenta y sesenta, y se desaceleró posteriormente, aunque continúa siendo importante en la actualidad. La población migrante hacia las ciudades se concentró en mayor proporción en las mujeres, y tanto en uno como en otro grupo sexual en las edades más productivas, afectando sensiblemente la composición de la población por sexo y edad. La migración internacional, particularmente hacia Venezuela, incidió también con mayor fuerza en las zonas rurales, concentrándose de nuevo en los grupos más productivos. Por último, la migración hacia las nuevas áreas de colonización en el norte, oriente y suroriente colombiano (Urabá, Meta, Caquetá, Arauca y Putumayo) se originó esencialmente en los contingentes campesinos de la zona andina del país. A diferencia de la migración rural-urbana, este último tipo de movimiento poblacional involucró generalmente a grupos familiares completos.

En tercer lugar, el alcance de la revolución educativa ha sido mucho más restringido en el sector rural, generándose de hecho grandes disparidades en los niveles de escolaridad de las poblaciones urbana y rural, que se han acrecentado con el tiempo. Por otra parte, de acuerdo con las mediciones tradicionales, en el campo no se ha experimentado la incorporación masiva de la mujer al mercado de trabajo, típica de las ciudades colombianas. Estos hechos se han reflejado en un comportamiento de la tasa de participación por edad y sexo sensiblemente diferente al observado en las ciudades.

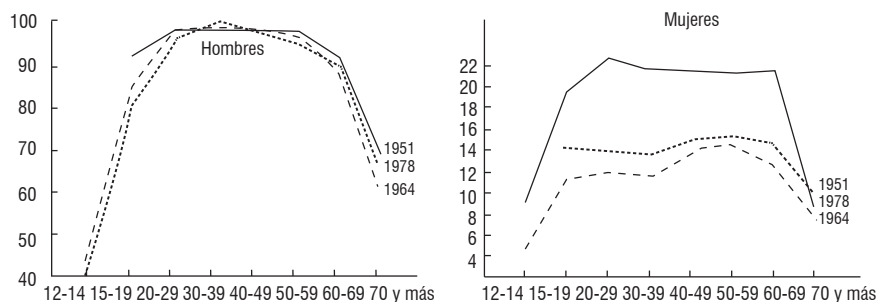
El comportamiento de la participación laboral en el campo y sus diferencias con respecto a la participación urbana en 1978 se aprecian en el Cuadro 2.1 y los gráficos 2.1 y 2.2. Las grandes tendencias de la participación laboral no parecen ser muy diferentes a las de las ciudades colombianas (véase capítulo 1), aunque los cambios han sido mucho más moderados en el campo. En efecto, la participación descendió en los años cincuenta y sesenta y aumentó en la década del setenta.

CUADRO 2.1. TASAS DE PARTICIPACIÓN, OCUPACIÓN Y DESEMPLEO EN EL SECTOR RURAL^{a/}
(PORCENTAJE)

AÑOS-MESES	PARTICIPACIÓN			OCUPACIÓN			DESEMPLEO		
	TOTAL	HOMBRES	MUJERES	TOTAL	HOMBRES	MUJERES	TOTAL	HOMBRES	MUJERES
1951 (mayo)	51,7	87,0	12,8	-	-	-	-	-	-
1964 (julio)	50,6	86,8	11,0	49,1	84,3	10,7	2,9	2,9	2,6
1970 (junio)	48,4	-	-	46,5	-	-	3,9	2,9	10,4
1971 (abril)	48,6	80,0	15,6	47,2	78,6	14,2	2,9	1,8	8,7
(julio)	48,4	79,7	16,6	45,1	77,4	12,3	6,8	2,9	25,9
(noviembre)	52,9	82,9	21,3	49,6	80,3	17,3	6,2	3,1	18,7
1972 (septiembre)	52,0	81,7	21,3	48,7	79,1	17,3	6,4	3,2	19,0
1978 (junio)	53,1	84,4	19,4	51,5	83,0	17,5	3,1	1,6	9,7

a/ Tasas de participación y ocupación definidas sobre la población en edad de trabajar de 12 años o más.
Fuente: censos de población de 1952 y 1964 y encuestas de hogares de 1970 a 1978. Se excluyen los datos del censo de 1973 que parecen subestimar la participación laboral y sobreestimar el desempleo rural.

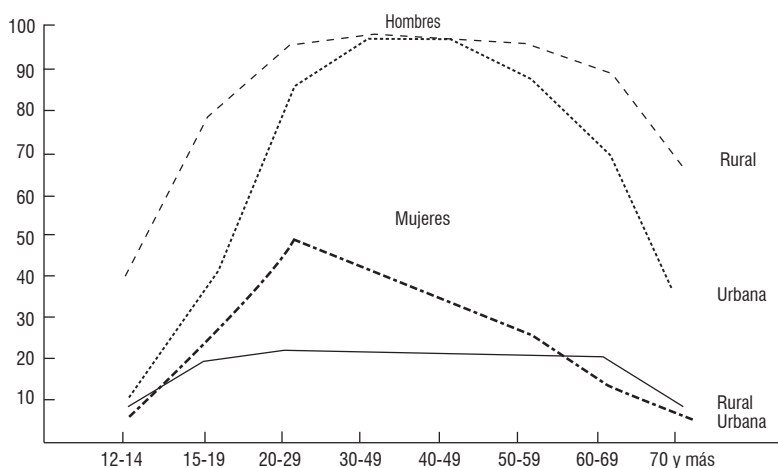
GRÁFICO 2.1. TASAS DE PARTICIPACIÓN RURAL POR GRUPOS DE EDAD Y SEXO



Fuente: DANE (censos, 1951 y 1964; ENH, etapa 19, 1978).

Esta tendencia es claramente visible en el Cuadro 2.1 cuando se comparan únicamente los datos recolectados en meses intermedios del año (mayo a julio), mientras las observaciones de 1971 y 1972 indican que en los últimos meses calendario hay un aumento estacional de la participación laboral.

El descenso de la participación en los años cincuenta y sesenta se concentró en la población masculina, particularmente en personas de menos de 20 años, indicando posiblemente un efecto moderado de retención escolar. El aumento en la participación laboral en los años setenta afectó tanto a los hombres como a las mujeres. Sin embargo, en el primer caso la estructura de participación

GRÁFICO 2.2. TASAS DE PARTICIPACIÓN URBANA-RURAL POR EDAD Y SEXO, 1978

Fuente: DANE (ENH, etapa 19, 1978).

para los distintos grupos de edad permaneció relativamente constante, e incluso descendió en las personas más jóvenes, indicando que el aumento en la tasa de participación solo puede ser atribuido a un cambio en la composición etárea de la población. En el caso de las mujeres, hubo un aumento notorio de la participación en todas las edades (Gráfico 2.1). Fenómenos similares se han experimentado en las zonas urbanas según veremos en el capítulo 3 de este informe.

La participación masculina ha sido sistemáticamente mayor en el campo que en las ciudades colombianas. Según se aprecia en el Gráfico 2.2, los hombres entran a una edad muy temprana al mercado laboral en las zonas rurales y se mantienen en actividades remuneradas hasta una edad muy avanzada. De esta manera, la curva de vida laboral típica de las zonas urbanas es mucho menos notoria en el campo. Algo similar ocurre en el caso de las mujeres donde, a diferencia del patrón urbano, la participación laboral no es muy diferente entre los 15 y los 69 años. De esta manera, la incorporación al mercado de trabajo es mayor para las mujeres en el campo en los grupos más jóvenes y de mayor edad, pero inferior a la de las ciudades en los grupos intermedios. En este último caso, sin embargo, la participación femenina puede estar subestimada en el sector rural en las mediciones corrientes. Por último, si nos guiamos por las encuestas de comienzos de la década del setenta, los aumentos estacionales en la participación

laboral en los últimos meses del año están asociados, en particular, a la incorporación temporal a la fuerza de trabajo de una mayor proporción de mujeres (véase el Cuadro 2.1).

B. EL EMPLEO AGROPECUARIO

1. PRINCIPALES TENDENCIAS

Según vimos en el capítulo anterior, el proceso de desarrollo está acompañado por una disminución en la participación del sector agropecuario en la producción y el empleo en la economía. En efecto, según lo indica el Cuadro 1.9, esta última participación se redujo del 56% en 1951 al 49% en 1964 y al 35% en 1980. En este período, el sector agropecuario generó únicamente el 18% de los nuevos puestos de trabajo en el país, una proporción similar o ligeramente inferior a su contribución al crecimiento de la producción nacional. Esto indica que la productividad aumentó a ritmos similares o algo superiores al promedio, particularmente durante la fase expansiva que se inició a mediados de la década del sesenta y terminó a finales de los años setenta.

Aunque parte de estos aumentos en la productividad se pueden atribuir a una reducción secular del subempleo rural, otra parte fue, sin duda, el resultado de la modernización agropecuaria. Este proceso estuvo orientado por políticas estatales que centraron los esfuerzos y recursos en la expansión de la agricultura comercial, con base en la implementación de paquetes tecnológicos intensivos en capital e insumos (mecanización, infraestructura e insumos bioquímicos) y ahorradores de mano de obra. Este hecho explica por qué Colombia es uno de los países de América Latina en los cuales el capital y la tecnología contribuyeron de manera más decisiva al crecimiento de la producción agrícola¹.

La explicación de estas tendencias no parece estar asociada con la evolución de la concentración de la propiedad rural. De acuerdo con un estudio reciente del CEGA², aun cuando entre 1960 y 1970 el país experimentó una concentración creciente de la propiedad rural, entre este último año y 1984 predominó, por el contrario, la tendencia a la fragmentación de las propiedades de mayor tamaño y al aumento en las unidades medianas y pequeñas. No obstante, la concentración de las tierras en el primer período, la fragmentación extrema de la pequeña

¹ Víctor J. Elías, *Government Expenditures and Agricultural Growth in Latin America*, Washington: International Food Policy Research Institute, 1985.

² CEGA, *Distribución de la propiedad rural en Colombia*, Bogotá, 1985.

propiedad rural y la incapacidad de las diferentes estrategias diseñadas para el sector, de penetrar efectivamente en la economía campesina, han disminuido la capacidad del sector tradicional de crear nuevos puestos de trabajo y retener así una mayor proporción de la población. De hecho, la expansión hacia las fronteras de colonización ha detenido, en alguna medida, la descomposición de las estructuras campesinas más tradicionales, que han logrado reproducirse en las nuevas zonas de poblamiento.

Desafortunadamente, las estadísticas existentes no permiten definir con precisión los efectos del ciclo agropecuario sobre el empleo rural. No obstante, no se puede descartar la hipótesis de que, conjuntamente con el proceso de ajuste estructural, el lento crecimiento del sector agropecuario contribuyó al descenso de la participación laboral en las décadas del cincuenta y sesenta. Por el contrario, el rápido crecimiento del sector seguramente indujo aumentos de la participación laboral, particularmente femenina, en los años setenta. El hecho más destacado entre los años cincuenta y setenta fue, sin embargo, la recomposición de la estructura del empleo por tipo de cultivo. En efecto, en las décadas del cincuenta y sesenta, el empleo cafetero y el generado en la agricultura tradicional perdieron participación dentro de la demanda de mano de obra en el campo. El elemento dinámico estuvo constituido por la agricultura comercial: pese a la mayor intensidad de capital de este tipo de actividades, el empleo en estos sectores creció a un ritmo cercano al 3% anual durante estas dos décadas, mientras el crecimiento del empleo agropecuario total posiblemente no superó el 1%³. Esta recomposición fue aún más rápida en los años setenta ya que, al auge continuado de la agricultura comercial, se unió una expansión importante de la mano de obra en el sector cafetero. Este proceso se interrumpió a fines de la década del setenta y se inició una fase de estancamiento o reducción de la demanda de mano de obra en la agricultura comercial.

2. LA ESTRUCTURA DEL EMPLEO AGROPECUARIO

El Cuadro 2.2 muestra la estructura del empleo agropecuario por posiciones ocupacionales, según los censos de población y las encuestas de hogares existentes. De acuerdo con esta información, el grupo de asalariados ha sido el más importante dentro de la población rural económicamente activa. Su participación permaneció en un 42% aproximadamente hasta comienzos de los años setenta y aumentó al 45% durante esta década. Estos niveles son significativamente inferiores a aquellos típicos en las zonas urbanas.

³ Alvaro Reyes *et al.*, "Tendencias del empleo y la distribución del ingreso", *Misión de Empleo*, 1986.

CUADRO 2.2. DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN ECONÓMICAMENTE ACTIVA RURAL SEGÚN POSICIÓN OCUPACIONAL (PORCENTAJE)

POSICIÓN OCUPACIONAL	1951	1964	1971	1978
Empleados y obreros	41,9	42,2	42,8	45,8
Patronos	16,6	12,8	8,5	6,4
Trabajadores independientes	24,1	28,7	31,8	29,1
Trabajadores familiares sin remuneración	13,8	14,3	17,3	18,9
Servicio doméstico y/o sin definir	3,7	2,8	1,2	8,7

Fuente: Salomón Kalmanovitz, *La agricultura en Colombia, 1950-1972*, Bogotá, DANE, 1978 para los años 1951 y 1964, con un pequeño ajuste de los datos por efecto del servicio doméstico. Años 1971 y 1978, DANE, *Encuesta Nacional de Hogares*, etapas 5 y 19.

Las categorías de patronos y el servicio doméstico, por su parte, muestran una reducción sistemática a lo largo del período analizado. Esta disminución fue compensada por un aumento en la proporción de trabajadores independientes y ayudantes familiares. Sin embargo, una parte importante de estos cambios pueden estar asociada a las diferencias en las definiciones utilizadas en los distintos censos y encuestas.

Estas estadísticas no dan cuenta de algunos fenómenos asociados a la estructura ocupacional en la agricultura. En particular, impiden percibir las formas como se organiza la producción y la compleja interacción entre distintos tipos de relaciones laborales en las diferentes regiones del país. En aquellas zonas donde predomina la agricultura comercial, el trabajo asalariado es, sin duda, la relación más importante en el mercado laboral. Este tipo de producción ha dado lugar, en varios sectores del país, al asentamiento permanente, urbano o semiurbano, de los trabajadores y sus familias. El carácter urbano de los trabajadores de la caña de azúcar en el Valle del Cauca, los pueblos y ciudades bananeras de Urabá, la residencia urbana de las trabajadoras de las flores en la Sabana de Bogotá y la instalación creciente de los jornaleros cafeteros en las cabeceras municipales de las zonas de producción ilustran ampliamente esta situación, que puede interpretarse como un cambio cualitativo en los patrones culturales de la población trabajadora⁴.

⁴ Véase, por ejemplo, Fernando Urrea, “Mercados de trabajo y migraciones en la explotación cafetera”, *Migraciones Laborales*, núm. 9, Ministerio del Trabajo-Senalde, 1976; Fernando Botero y Diego Sierra, *El mercado de fuerza de trabajo en la zona bananera de Urabá*, CIE-Universidad de Antioquia, 1981; y los artículos contenidos en el *Boletín Socio-Económico*, Cidse-Universidad del Valle, núms. 14-15, 1985.

En las regiones donde todavía predomina la agricultura campesina, el poblamiento sigue siendo, por el contrario, disperso. Además, en estas regiones se combinan la explotación directa o indirecta (aparcerías, compañías, etc.) de la tierra con trabajo asalariado del jefe y otros miembros del hogar (hombres especialmente) por fuera de la unidad de explotación. La complejidad de la estructura laboral tiende a ser mayor en aquellas regiones donde la producción para el mercado ha ganado importancia relativa. Además, tanto entre estos dos sectores de la agricultura como entre las distintas regiones del país, continúa existiendo una segmentación importante de los mercados de trabajo, que se refleja en diferencias salariales de alguna consideración.

C. ALGUNAS HIPÓTESIS SOBRE LOS MECANISMOS DE AJUSTES DEL MERCADO DE TRABAJO RURAL

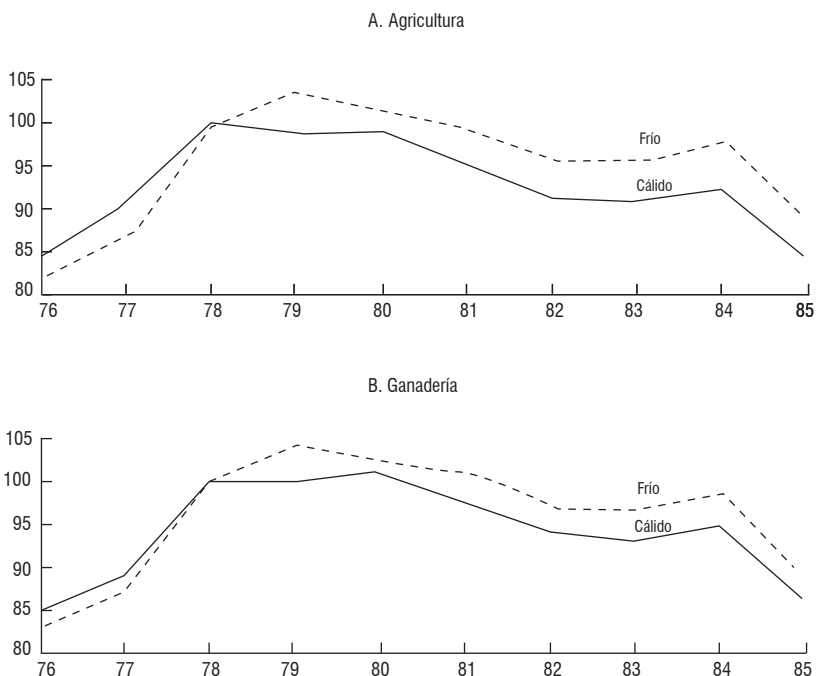
Existen tres tipos básicos de ajuste del mercado ante los desequilibrios entre la oferta y la demanda de mano de obra. El primero de ellos es un cambio de las cantidades de mano de obra ofrecidas o demandadas a un nivel particular de ingresos o costos laborales. Este mecanismo opera tanto a través de una reducción de la oferta (participación o migración) como de la demanda; en este último caso, su reflejo principal es el desempleo abierto. El segundo tipo de ajuste se asocia al concepto de subempleo, y se relaciona con una mayor o menor intensidad en el uso de la fuerza de trabajo o con un cambio en la calidad de las ocupaciones. Este proceso está acompañado generalmente por una disminución en las remuneraciones, que reflejan los cambios en la productividad de la mano de obra. Por último, existe un tercer tipo de ajuste a través de las fluctuaciones en los ingresos laborales. En este caso, las cantidades ofrecidas y demandadas de mano de obra permanecen constantes, y el tipo de actividad laboral y su productividad tampoco cambian, pero los ingresos de los trabajadores varían de acuerdo con las condiciones del mercado. La combinación de estos mecanismos de ajuste es diferente en los distintos sectores urbanos. Además, existen diferencias notorias en la importancia relativa de uno y otro factor entre el sector urbano y el rural.

En el campo, el desempleo tiene una importancia muy inferior a la de las zonas urbanas y quizás un significado diferente. El desempleo masculino es, además, mínimo; de esta manera, el desempleo abierto se concentra fundamentalmente en las mujeres (véase el Cuadro 2.1). Por otra parte, la participación tiende a ser menos fluctuante en el campo, aunque hay alguna evidencia de una respuesta estacional de la actividad laboral, particularmente en el caso de las mujeres. Si bien una y otra forma de ajuste son menos importantes en el campo que en la ciudad, la migración es mucho más significativa en el primer caso. Desafortunadamente,

no existe evidencia en torno al papel de la migración como mecanismo de ajuste coyuntural, pero su importancia en el largo plazo ante los cambios en la estructura económica ha quedado ampliamente ilustrada en el capítulo anterior de este informe.

Las diferencias en la naturaleza del subempleo urbano y rural son también notorias. En las zonas urbanas, el subempleo adopta fundamentalmente la forma de un deterioro en la calidad de las ocupaciones, mientras en las zonas rurales el mecanismo básico es la mayor o menor intensidad en el uso de la fuerza de trabajo. La evidencia fragmentaria que existe en el país indica que este mecanismo opera tanto en el largo como en el corto plazo. En efecto, la reducción de los excedentes de mano de obra rural ha sido uno de los mecanismos de ajuste de la economía en el largo plazo, que explica en parte los aumentos de la productividad de la mano de obra en el sector agropecuario. En períodos más cortos, hay también alguna evidencia de que la mayor o menor demanda de trabajo en actividades comerciales se refleja en ajustes paralelos en el tiempo dedicado a las labores campesinas tradicionales.

Por último, los ajustes flexibles de los ingresos laborales son típicos en algunos mercados de trabajo urbano, como se verá en el capítulo 3. En el sector rural, este mecanismo ha existido siempre en el caso de los productores independientes, cuya importancia relativa es mayor que en las zonas urbanas, según vimos en una sección anterior. En los mercados de trabajo asalariado, este tipo de ajuste no parece haber sido muy importante a nivel nacional entre fines de la década del cincuenta y mediados de la década del sesenta, aunque pudo haber tenido mayor importancia regional o local. En efecto, los jornales rurales no tuvieron una asociación muy estrecha con el ciclo agropecuario durante estos años (compárense los gráficos 1.1 y 1.4 del capítulo anterior). Por el contrario, en los diez últimos años, los ajustes de los jornales reales al ciclo económico han sido marcados, según se aprecia en el Gráfico 2.3. En efecto todos los jornales rurales aumentaron fuertemente entre 1976 y 1978-1979, aunque en mayor proporción en las zonas frías. En 1980 en zonas frías y en 1981 en las regiones de clima cálido se inició un descenso fuerte de las remuneraciones reales, coincidiendo con la marcada recesión cíclica del sector agropecuario. El descenso fue similar en las distintas regiones y actividades. Para el período 1976-1985 como un todo, las remuneraciones reales en las regiones de clima cálido no aumentaron en términos reales, mientras en las zonas de clima frío se incrementaron solo en forma muy moderada (menos del 1% anual).

GRÁFICO 2.3. SALARIOS RURALES REALES, ÍNDICE 1978 = 100

Fuente: DANE (Jornales agropecuarios). Se construyó un promedio aritmético anual deflactado con el IPC de alimentos.

De esta manera el problema básico en el sector rural no es el desempleo, sino el subempleo, la baja productividad, los bajos ingresos, la inestabilidad de las remuneraciones y la pobre calidad de vida. Estos hechos, unidos al cambio estructural que atraviesa todo país en vías de desarrollo y a la persistencia de la violencia rural, explican por qué continúan los flujos migratorios rural-urbanos, a pesar de que existe un desempleo explosivo en las ciudades.

III. EL EMPLEO CAFETERO

Durante el período 1970-1985, la caficultura colombiana experimentó un importante proceso de cambio tecnológico que implicó la siembra de más de 400.000 hectáreas de café caturra. Estos cafetales aportan en la actualidad algo más del 65% de la producción, mientras que las otras 655.000 hectáreas solo contribuyen con el 35% restante. Igualmente, la producción pasó de 7,8 millones

de sacos de café verde, a comienzos del período, a unos 13 millones de sacos anuales en los primeros años de la década del ochenta.

Para tener una idea global de la magnitud de la demanda por trabajo en el sector cafetero, y captar su evolución en este período de grandes transformaciones, se estimó esta demanda a partir de información sobre superficies cultivadas y coeficientes tecnológicos⁵. Se estudiaron diversas alternativas de valor y evolución de los coeficientes técnicos. Los resultados que se presentan (ver cuadros 2.3 y 2.4 y Gráfico 2.4) son los que corresponden a la alternativa que parece ajustarse mejor a la experiencia histórica.

CUADRO 2.3. DEMANDA DE FUERZA DE TRABAJO EN LA CAFICULTURA COLOMBIANA POR TIPO DE TAREA Y POR SECTOR DE LA PRODUCCIÓN

Años	CAFICULTURA TRADICIONAL		CONTROL TECNIFICADA						TOTAL EMPLEO CAFETERO
	SOSTENIMIENTO	COSECHA	SOSTENIMIENTO	CONTROL ROYA	COSECHA	NUEVAS SIEMBRAS	RENOVACION	ZOCAS	
1970-1971	152,4	173,4	-	-	0,1	2,4	9,7	-	338,0
1971-1972	144,2	152,9	3,2	-	0,6	2,3	11,4	-	314,6
1972-1973	135,0	164,1	6,9	-	11,6	2,3	14,2	-	334,1
1973-1974	122,3	143,1	11,3	-	12,4	7,9	17,0	-	314,0
1974-1975	117,9	152,9	17,9	-	23,1	9,4	15,9	-	337,1
1975-1976	113,3	134,1	24,6	-	36,5	7,4	13,6	-	329,5
1976-1977	106,2	141,3	30,2	-	46,6	17,5	22,6	-	364,4
1977-1978	97,6	138,1	40,8	-	57,2	24,3	25,7	-	383,8
1978-1979	92,3	121,5	54,1	-	81,6	12,6	19,2	-	381,3
1979-1980	86,8	122,2	62,6	-	94,3	10,1	17,6	0,8	394,3
1980-1981	81,9	106,0	69,9	-	110,5	8,6	16,4	1,0	394,4
1981-1982	79,2	113,2	76,5	-	111,2	3,2	11,7	1,6	396,7
1982-1983	76,8	99,2	80,5	-	118,4	1,9	9,3	1,9	388,1
1983-1984	74,8	107,1	83,5	9,7	108,8	1,6	7,0	3,8	396,4
1984-1985	72,8	94,1	85,8	10,7	101,9	1,8	7,7	4,6	379,4

Fuente: María Errázuriz, "La evolución del empleo cafetero en Colombia en el período 1970-1984", Misión de Empleo, 1986.

⁵ María Errázuriz, "La demanda de trabajadores en el sector cafetero", Misión de Empleo, 1986.

CUADRO 2.4. DEMANDA DE FUERZA DE TRABAJO EN LA CAFICULTURA COLOMBIANA POR TIPO DE TAREA Y POR SECTOR DE LA PRODUCCIÓN (HOMBRES/AÑO) DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL

AÑOS	CAFICULTURA TRADICIONAL		CONTROL TECNIFICADA					ZOCAS	TOTAL EMPLEO CAFETERO
	SOSTENIMIENTO	COSECHA	SOSTENIMIENTO	CONTROL ROYA	COSECHA	NUEVAS SIEMBRAS	RENOVACIÓN		
1970-1971	45,07	51,30	-	-	0,03	0,72	2,88	-	100,00
1971-1972	45,83	48,50	1,02	-	0,17	0,74	3,63	-	100,00
1972-1973	40,41	49,10	2,05	-	3,47	0,69	4,26	-	100,00
1973-1974	38,93	45,58	3,59	-	3,94	2,51	5,41	-	100,00
1974-1975	34,96	45,35	5,30	-	6,85	2,80	4,71	-	100,00
1975-1976	34,36	40,70	7,47	-	11,07	2,24	4,13	-	100,00
1976-1977	29,14	38,78	8,28	-	12,78	4,79	6,20	-	100,00
1977-1978	25,43	35,98	10,64	-	14,91	6,33	6,69	-	100,00
1978-1979	24,20	31,86	14,19	-	21,39	3,30	5,03	-	100,00
1979-1980	22,01	31,00	15,86	-	23,90	2,56	4,45	0,19	100,00
1980-1981	20,76	26,87	17,72	-	28,02	2,17	4,16	0,26	100,00
1981-1982	19,95	28,54	19,29	-	28,11	0,82	4,08	0,40	100,00
1982-1983	19,78	25,54	20,74	-	30,50	0,50	2,40	0,50	100,00
1983-1984	18,42	26,36	21,06	2,45	27,45	0,40	1,77	0,95	100,00
1984-1985	18,66	24,12	22,61	2,81	26,86	0,46	2,02	1,21	100,00

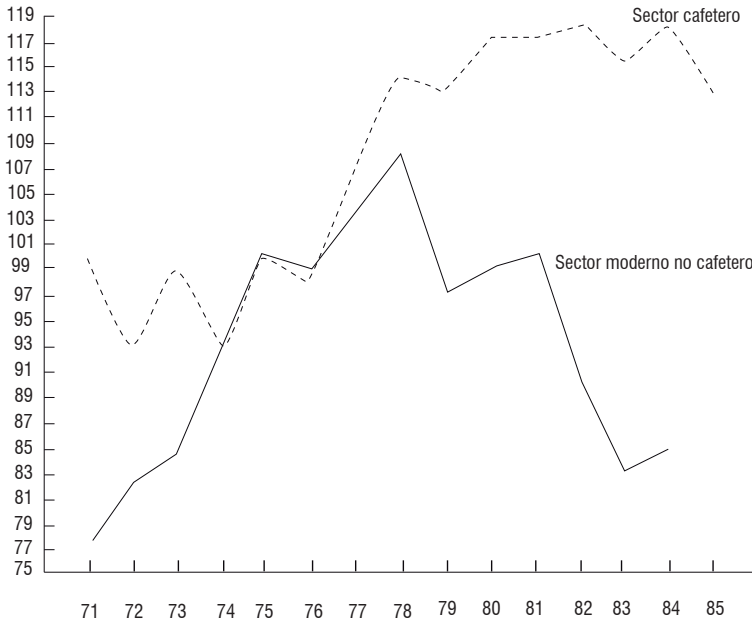
Fuente: Errázuriz, *op. cit.*

Se trataron por separado los cafetales tradicionales y los tecnificados y se analizaron los requisitos de mano de obra para las diversas actividades. Para la caficultura tradicional se supuso que las necesidades de trabajo por hectárea para labores de sostenimiento decrecen a lo largo del tiempo, siendo los valores iniciales los de la encuesta de Cepal/FAO de 1955. Para la tecnificada los cafetales se dividieron en dos clases, según los promedios nacionales arrojados por el censo cafetero de 1980:

- a) Cafetales tecnificados al sol, con una densidad de siembra de 4.500 cafetos/hectárea y que corresponden, según esa misma fuente, al 55% de los cafetales existentes en el país;
- b) Cafetales tecnificados a la sombra, con una densidad de 4.000 cafetos/hectárea correspondientes al 45% restante.

Los coeficientes, discriminados por tarea, fueron establecidos durante el año 1984/85 por el Programa de Desarrollo-Sección Administración Rural, de la Federación Nacional de Cafeteros, a partir de observaciones de campo, realizadas

GRÁFICO 2.4. EMPLEO SECTOR AGROPECUARIO MODERNO, ÍNDICE 1975 = 100



Fuente: Errázuriz, *op. cit.*
 Empleo moderno sin café: Álvaro Reyes, *et al.*, "Tendencias al empleo y la distribución del ingreso", Misión de Empleo, 1986.

principalmente en la zona cafetera de Caldas. Hay que tener en cuenta que estas cifras tienen algunas limitaciones, entre las cuales se deben mencionar la carencia de observaciones interanuales en la misma unidad de producción de donde ellas provienen, y el sesgo que puede generarse por el hecho de que han sido tomadas en unidades modernas y con asistencia técnica constante. Los requerimientos de fuerza de trabajo para la cosecha de hectáreas sembradas, según la caficultura tradicional, son de un jornal por 60 kg de café cereza, que corresponde aproximadamente al resultado de la encuesta Cepal/FAO de 1955. Para la tecnificada se usó un valor de 100 kg de café cereza por jornada de trabajo.

Todos los cálculos se hicieron en hombres/año considerando 260 días hábiles, distribuidos así: 170 para labores de sostenimiento, renovaciones, nuevas siembras y zocas y 90 días de cosecha. Hay que precisar que estos cálculos representan la demanda global de fuerza de trabajo que requiere la caficultura nacional, sin precisar ni tipificar de ninguna manera el tipo de relaciones o situaciones

laborales (trabajo familiar, asalariado temporal, asalariado permanente, etc.) que se establecen para su desarrollo.

Durante el período de análisis, se registró una disminución sostenida de la demanda de fuerza de trabajo en el sector tradicional, resultante básicamente de la reducción de la superficie de los cafetales —de 945.400 hectáreas en 1970-1971, a 566.700 en 1984-1985—, ya que la productividad por hectárea de los mismos parece no haber registrado variaciones significativas. La demanda de trabajadores para las labores de sostenimiento de estos cafetales pasó de 152.400 hombre/año en 1970-1971 a 72.800 hombre/año en 1984-1985. Esta reducción del 52,3% entre los dos extremos considerados tuvo un ritmo de disminución anual relativamente uniforme (del 9% aproximadamente). El empleo de cosecha, con una disminución del 45,7% durante el período, registró un comportamiento anual algo diferente al del empleo de sostenimiento.

La demanda de trabajadores en el sector tecnificado tiene características diferentes a las del sector tradicional. En primer lugar, la demanda de mano de obra por hectárea es mayor que en la caficultura tradicional, tanto para las labores de sostenimiento de los cafetales, como de cosecha. Esta afirmación es válida para los cafetales tecnificados al sol y a la sombra. En segundo lugar, su complejidad es mayor, dada la multiplicidad de tareas que exige la nueva tecnología a lo largo del año agrícola, que ha llevado a un incremento del 70% de los jornales de sostenimiento de cafetales. En tercer lugar, la menor duración del ciclo de producción hace que en este sistema de cultivo se reflejen más rápidamente las fluctuaciones de la coyuntura cafetera sobre la demanda de trabajadores.

En el análisis de la evolución de la demanda de este sector, conviene distinguir entre el comportamiento del empleo de inversión (en renovaciones, nuevas siembras y zocas) y la evolución del empleo requerido para sostenimiento y cosecha de las nuevas plantaciones. Como es de esperarse, el empleo de inversión tuvo crecimiento sostenido entre 1970-1971 y 1977-1978, con una demanda pico durante los años de la bonanza cafetera de 1976-1977 y 1977-1978 (40.100 y 50.000 hombres/año, respectivamente). A partir del año 1980, se registró una disminución masiva de la demanda para estas tareas y un pequeño incremento para labores de zoca, ya que los cafetales sembrados en los años de bonanza se encuentran hoy en las etapas avanzadas de su ciclo productivo. La demanda de trabajadores para estas últimas labores, aunque aumentó rápidamente durante los años 1983-1984 y 1984-1985, no compensa de ninguna manera la disminución del empleo de inversión, que pasa de 50.000 hombres/año en 1977-1978 a 14.000 en 1984-1985, de los cuales 4.600 provienen de las zocas. Es en este rubro donde se podría esperar en los años futuros un aumento de la demanda de mano de obra de alguna consideración.

El empleo de sostenimiento también creció a un ritmo muy acelerado hasta el año 1980 y desde esa fecha su crecimiento se redujo, para estancarse prácticamente durante los tres últimos años (1982-1983 a 1984-1985). El control de la roya, nueva práctica que ha venido a agregarse a las labores de sostenimiento de los cafetales, requirió de 9.700 hombres/año en 1983-1984, fecha de aparición de la plaga, y 10.700 en el año siguiente. Para el año cafetero 1984-1985, a pesar del incremento del empleo para control de roya, el empleo total para sostenimiento y cosecha de los cafetales tecnificados sufrió una caída del 9,8%.

La dinámica de la demanda de trabajadores para la cosecha de este sector refleja también una gran expansión hasta 1980-1981, para luego estancarse durante los dos años siguientes y finalmente contraerse en un 14% entre 1982-1983 y 1984-1985. La proporción de la demanda de fuerza de trabajo para la cosecha sobre el total de la demanda del sector tecnificado es, básicamente, la misma que en la caficultura tradicional (alrededor del 60%), aunque las variaciones bianuales son menos acentuadas en este nuevo sistema de cultivo.

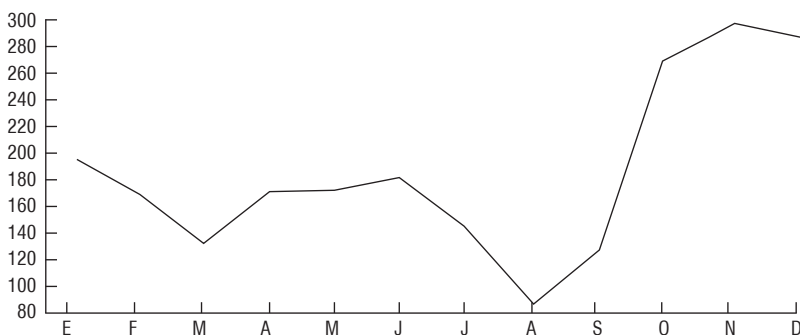
En el Cuadro 2.4 se puede observar el cambio en la distribución porcentual de la demanda de fuerza de trabajo para cada sector de la producción. Hasta 1975-1976, el 75% de la demanda se concentraba en el sector tradicional de la caficultura. Durante los años de la bonanza cafetera, esta proporción se revirtió. Más aún, en el momento pico de la bonanza, la demanda de mano de obra para renovaciones y nuevas siembras alcanzó a ser el 13% de la demanda total.

Los cálculos sobre la evolución de la demanda de fuerza de trabajo durante todo el período 1970-1971 a 1984-1985 cuestionan la idea corrientemente admitida de un incremento muy grande de la demanda por trabajo en la caficultura. Lo que se observa es un incremento progresivo de la demanda, acompañado de aumentos de consideración de la productividad de la fuerza de trabajo, que limitan de por sí la expansión del empleo. Por otra parte, la magnitud de la ocupación requerida para las renovaciones y nuevas siembras efectuadas durante la pasada bonanza cafetera explica gran parte del crecimiento de la demanda de fuerza de trabajo en la caficultura. La destorcida subsiguiente es, a su vez, responsable del estancamiento y la caída de la misma.

El estudio de la variaciones estacionales de la demanda, cuyos resultados aparecen en el Gráfico 2.5, muestra el movimiento de la demanda de trabajadores para la cosecha, a lo largo del año. Durante el primer semestre, las fluctuaciones de la demanda son moderadas, aparte del mes de marzo cuando se registra una pequeña caída. La demanda pico, que sobrepasa el promedio del primer semestre se concentra en los meses de octubre y noviembre solamente, para disminuir nuevamente en diciembre. Este comportamiento muestra que es muy probable que la oferta laboral local satisfaga casi completamente la demanda

para la cosecha cafetera durante la mayor parte del año, y que únicamente durante algunas semanas sea necesario recurrir a trabajadores migrantes, en proporciones menores a las que se consideraban tradicionalmente.

GRÁFICO 2.5. DEMANDA MENSUAL DE TRABAJADORES EN EL SECTOR CAFETERO, 1981-1982
(MILES DE TRABAJADORES)



Fuente: Errázuriz, *op. cit.* Estimado con base en el índice de estacionalidad de la producción y en la cosecha de 1981-1982

Desde el punto de vista regional, durante los últimos 15 años también operaron cambios importantes en la demanda de mano de obra en la caficultura. La tecnificación contribuyó a diferenciar los departamentos entre sí y a concentrar a un más la producción y el empleo en algunos de ellos. En particular, sobresale la pérdida de dinamismo de la región cafetera de la cordillera Oriental (Cundinamarca y Boyacá, principalmente) y del departamento del Valle del Cauca. La expansión significativa de la demanda de mano de obra se concentró en seis departamentos, cuatro de ellos de larga tradición cafetera —Antioquia, Risaralda, Caldas y Quindío— y dos de ellos con menor trayectoria como productores del grano —Huila y Meta—.

IV. DEMANDA DE TRABAJO EN OTROS CULTIVOS

Las diferencias entre los estimativos de mano de obra en el sector agropecuario no cafetero en distintas investigaciones son notorias, según se aprecia en el Cuadro 2.5. Los cálculos difieren tanto por el número de cultivos incluidos como en los coeficientes tecnológicos utilizados para estimar los requerimientos laborales. Para aquellos casos en los cuales existen datos relativamente comparables, las mayores

diferencias se refieren al empleo pecuario, seguidas por el empleo en la agricultura comercial. En el caso de los cultivos mixtos, las diferencias son menos marcadas.

CUADRO 2.5. COMPARACIÓN DE LAS ESTIMACIONES SOBRE EMPLEO AGROPECUARIO NO CAFETERO (MILES DE AÑOS/HOMBRE; 1 AÑO = 250 JORNALES)

CULTIVOS	OSORIO	CID		CEGA
	1980	1980	1984	1985
Comerciales				
Algodón, arroz, banano, caña de azúcar, palma africana, sorgo y soya	219,4	141,5	135,3	120,9
Mixtos				
Cacao, panela, frijol, maíz, papa, plátano y yuca	599,2	624,7	586,6	474,6
Frutales y hortalizas	86,5	n. d.	n. d.	66,5
Otras agrícolas ^{a/}	100,9	n. d.	n. d.	n. d.
Pecuarios	426,4	n. d.	n. d.	117,2

n. d.: no disponible.

a/ Cebada, trigo, ajonjolí, tabaco, ñame, flores y fique.

Fuentes: Osorio y CID: Jesús Antonio Bejarano *et al.*, "Aspectos cualitativos y cuantitativos del empleo en el sector agropecuario no cafetero", Misión de Empleo, 1986.

CEGA: estudio en marcha para la Misión de Empleo dirigido por Álvaro Balcázar.

Pese a las diferencias en las metodologías, la utilización de unos parámetros consistentes permite hacer algunas apreciaciones sobre las fluctuaciones en la demanda de mano de obra en los cultivos comerciales y mixtos en los últimos quince años, en forma similar al análisis de la sección anterior sobre el empleo cafetero. Para tal propósito, el Gráfico 2.4 reproduce la estimación del empleo en la agricultura moderna (11 cultivos) y en el sector pecuario realizada por la Corporación Centro Regional de Población (CCRP) y en el Cuadro 2.6 los cálculos del Centro de Investigaciones para el Desarrollo (CID) de la Universidad Nacional⁶.

⁶ Reyes *et al.*, *op. cit.* y Jesús Antonio Bejarano *et al.*, "Aspectos cuantitativos y cualitativos del empleo en el sector agropecuario no cafetero", Misión de Empleo, 1986.

CUADRO 2.6. EMPLEO EN AGRICULTURA COMERCIAL Y MIXTA (MILES DE AÑOS/HOMBRE; 1 AÑO = 250 JORNALES)

CULTIVOS	1976	1980	1984
Comerciales			
Algodón	63,4	40,8	29,3
Arroz	28,5	25,7	23,6
Banano de exportación	10,2	13,4	14,8
Caña de azúcar	28,0	31,3	33,5
Palma africana	5,7	8,5	13,2
Sorgo	11,7	12,5	14,9
Soya	4,5	9,3	6,1
Subtotal	152,1	141,5	135,3
Mixtos			
Cacao	30,4	33,2	47,7
Caña de panela	170,4	199,6	181,0
Frijol	20,3	20,8	20,1
Maíz	94,4	87,5	93,9
Papa	61,3	68,9	77,0
Plátano	110,9	145,0	118,5
Yuca	74,8	69,6	48,5
Subtotal	562,6	624,7	586,6
Total	714,7	766,2	721,9
Empleo por región			
Oriental	196,7	226,0	255,0
Central	256,2	263,0	248,2
Pacífica	144,2	168,5	130,4
Atlántica	117,6	108,7	88,2

Fuente: Bejarano *et al.*, *op. cit.*

De acuerdo con los estimativos de la CCRP, el empleo en la agricultura moderna y en el sector pecuario aumentó a un ritmo rápido entre 1970 y 1977 (4% anual). A partir de entonces comenzó a declinar, primero lenta (hasta 1981) y después rápidamente (1981 a 1983). Esta caída puede estar, sin embargo, sobrestimada, debido al supuesto de aumentos constantes en productividad a lo largo del período de análisis. Igualmente, este supuesto genera un crecimiento muy lento del empleo en este tipo de actividades entre comienzos de los años setenta y mediados de la década de los ochenta. Conviene anotar, finalmente que, de acuerdo con este mismo estudio, la proporción de la fuerza de trabajo

rural dedicada a este tipo de actividades fluctuó fuertemente durante el período de análisis: aumentó de un 26 o 27% a comienzos de los años setenta a 34% en 1977-1978 y disminuyó posteriormente a 24% en 1983-1984.

Los estimativos del CID indican que el empleo en la agricultura comercial y mixta aumentaron entre 1976 y 1980 a una tasa moderada (1,8% anual) y luego declinaron, hasta alcanzar en 1984 un nivel similar al de 1976. Los cálculos no permiten, sin embargo, determinar el ciclo del empleo en este tipo de actividades ya que, durante el período 1976 a 1980 se experimentó, primero, un período de auge, que terminó en 1978, y posteriormente una disminución.

Las estimaciones permiten, sin embargo, detallar el comportamiento del empleo en distintos tipos de cultivos y regiones del país. Como se puede apreciar, el ciclo global del empleo estuvo determinado, ante todo, por los cultivos mixtos, ya que los comerciales experimentaron una reducción continua a lo largo del período analizado. En este último caso, la reducción del empleo en el algodón y, en menor medida, en el arroz, no fue compensada adecuadamente por la expansión de otros cultivos —banano, caña de azúcar, palma africana y sorgo—. En el caso de los cultivos mixtos la experiencia es, además muy variada: mientras la papa y el cacao experimentaron un aumento y la yuca una reducción a lo largo de los ocho años, otros cultivos —caña de panela, maíz y plátano— tuvieron un ciclo marcado y el frijol un estancamiento.

En términos regionales, la experiencia también ha sido diversa. La región atlántica experimentó una reducción en los niveles de empleo a lo largo del período, mientras la región oriental aumentó en forma relativamente continua la demanda de mano de obra, a un ritmo rápido (3,3% anual). Las regiones central y pacífica siguieron aproximadamente el ciclo global. Como resultado de este proceso, la región oriental pasó de generar el 27,5% del empleo en estos cultivos en 1976 a 35,3% en 1984. La región atlántica disminuyó en forma marcada su participación en la demanda de mano de obra: del 16,5% al 12,5%. Las otras dos regiones también disminuyeron su participación, pero en forma modesta.